



D. Cayetano de Suricalday.

## **ZEl dómine y el montero**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**D. Cayetano de Suricalday.**

## **ZEl dómine y el montero**

Al lector

Esta comedia es la última obra de un escritor, cuyo nombre habrá llegado muchas veces a tus oídos, si bien nunca envuelto en las exageraciones del «puff». -D. Cayetano de Suricalday, muerto desgraciadamente el 10 de julio último en la ciudad de San Sebastián, es autor de más de veinte producciones, en las que dio evidentes muestras de ingenio y buen gusto literario, como lo confirma el favorable éxito que todas obtuvieron. Las empresas teatrales lograron pingües beneficios con el trabajo de mi difunto amigo. -Representada esta comedia a instancias de mi compañero Leopoldo Bremon y mías, cuatro nieves después de la muerte de su autor, hemos creído consagrar de ese modo un justo tributo de consideración a nuestro laborioso e inteligente amigo, proporcionando al mismo tiempo a sus muchos compañeros, el conocimiento de una obra de indisputable mérito literario.

He querido consignar aquí este hecho para que se comprenda que si la desgracia llegó a interponerse en el camino del malogrado escritor, conserva en el mundo amigos que han sabido apreciar sus excelentes dotes, y a los cuales ha legado una honrosa satisfacción con su memoria.

Madrid, noviembre 19, 1856.

Carlos Frontaura.

### PERSONAJES ACTORES

ELISA STA. D.<sup>a</sup> MATILDE BAGÁ.

DON CASIANO D. JOAQUÍN VIDALES.

BARÓN D. CEFERINO HERNÁNDEZ.

EDUARDO D. FEDERICO BLASCO.

CRISTÓBAL D. MANUEL FRANCO.

MONTERO D. EDUARDO HERNÁNDEZ.

MARTÍN D. N. N.

Aldeanos.

La escena pasa en las inmediaciones de Soria, a principios del siglo XVIII.

Acto único

El teatro representa la entrada de una quinta: a la derecha del público la fachada de la casa; a la izquierda el principio de un espeso bosque y la choza del guarda. Verja en el fondo, que da al campo: árboles y un banco de piedra en la escena. A lo lejos se verán una ermita y una aldea.

ESCENA I

EDUARDO sentado y pensativo. CRISTÓBAL, MARTÍN, ALDEANOS: luego el BARÓN. Al levantarse el telón aparecerán los Aldeanos agrupados mirando hacia la izquierda, saludando con los sombreros y los pañuelos en las manos, y se escuchará, en la misma dirección una música militar.

MARTÍN. ¡Viva el rey Felipe quinto!

ALDEANOS. ¡Viva!

CRISTÓBAL. ¡Ya basta, mastuerzos!

¿No veis que está media legua la comitiva?

MARTÍN. ¡Qué bellos

jaeces!... ¡Y reparasteis

(A los Aldeanos.)

qué caballos tan soberbios

tiraban de la carroza!

Diera yo mi jaco negro

y mi rucio y mis tres vacas

por el peor de todos ellos.

CRISTÓBAL. Puede ser que te perdieras.

(Burlándose.)

MARTÍN. ¡El Barón! Sermón tendremos.

(Al marcharse, viendo salir al Barón)

BARÓN. ¿Qué hace la gente parada?

MARTÍN. Hemos venido un momento

para ver al rey de vuelta

de la caza.

BARÓN. ¡Acabaremos!

¿Y tú por qué lo permites?

(A Cristóbal.)

¡Por una vez os dispenso?

(A los Aldeanos.)

Repartid estas monedas

y gastadlas.

MARTÍN. Si lo haremos.

¡No existe un amo mejor

en todo el mundo!

BARÓN. ¡Silencio!

No me gusta que me adulen.

¿Entendéis? ¡Esto está bueno!  
¡Cuando uno les da propinas  
es un santo, y un perverso  
cuando con razón les riñe!  
¡Vamos, quitarse de en medio!  
MARTÍN. Voy a dejar las pistolas  
y el mosquete, y nos iremos  
a la taberna a beber.  
(Entra en la cabaña, vuelve a salir sin armas y se retira con los demás.)

## ESCENA II

BARÓN, EDUARDO, CRISTÓBAL.

BARÓN. ¡Me lo estaba presumiendo!

Con el vino los bergantes  
se pondrán como pellejos;  
y no habrá santo mañana  
que los haga andar derechos.

CRISTÓBAL. Pues nadie tiene la culpa.

BARÓN. ¡Soy de mis acciones dueño!...

Es tan brillante el estado  
en que mis haciendas veo,  
que justo me ha parecido  
hacerles algún obsequio.

Sé que su prosperidad  
sólo se debe a tu celo  
en administrarlas bien...

CRISTÓBAL. Para eso tengo mi empleo.

BARÓN. Lo que es sensible, es que tengas  
un gravísimo defecto.

CRISTÓBAL. ¿Cuál?

BARÓN. El ser un calavera.

CRISTÓBAL. Lo de siempre; eso no es cierto.

Me calumnian.

BARÓN. Pues no salgo

ningún día sin que a mi encuentro  
no llegue alguno a contarme  
los arranques de tu genio.

Tan pronto es una mujer  
a quién has fingido afecto  
y no haces caso; tan pronto  
uno a quien dejaste ciego  
luchando en broma con él...

CRISTÓBAL. ¡Ya ve usted que yo no tengo

la culpa de que mis pobres  
puños tengan tanto peso!

Y vamos a ver: ¿por qué  
disputo? ¿por qué me engresco?

Porque murmuran de mí  
o de mi amigo, ¿no es cierto?

(A Eduardo.)

EDUARDO. Sí.

BARÓN. En fin, tú te enmendarás,  
y te hará pensar el tiempo  
que más vale que ser loco,  
ser arreglado y discreto.

Yo también, como tú, he sido  
joven, alegre y resuelto,  
¡y ha venido la maldita  
gota a tenerme sujeto!  
Igual te sucederá...

CRISTÓBAL. ¡No lo permitan los cielos!...

BARÓN. ¡Todo se muda en el mundo!

¿Quién, al verme en este yermo  
entre rudos labradores,  
conocerá al caballero  
que tantas veces lidió  
en el español ejército?

¿Quién al cortesano? ¿Quién  
al rígido consejero,

que del rey está en desgracia  
por oponerse a sus yerros?

¡Bonito pago me ha dado!

Ni él sabe que aquí me encuentro;

ni aunque estuviese cazando  
cien años, fuera yo a verlo.

Cada cual tiene su orgullo...

Pero no quiero hablar de esto.

Vuelvo a mi tema; ya sabes

que de tus hazañas tengo

noticia, con que...

(Sale por el fondo)

### ESCENA III

EDUARDO y CRISTÓBAL.

CRISTÓBAL. Ya estoy...

Pues si dan estos paletos  
en ser chismosos, haré  
un escarmiento con ellos...

Eduardo, estás insociable...

¿Por qué te muestras tan serio,  
di?

EDUARDO. Te engañas.

CRISTÓBAL. Abismado  
siempre en tristes pensamientos,

más pareces una estatua  
que un hombre de carne y hueso,  
¿Has reñido con alguno?

EDUARDO. No.

CRISTÓBAL. ¿Necesitas dinero?

EDUARDO. Tampoco.

CRISTÓBAL. ¿Quieres venir  
a dar conmigo un paseo?

EDUARDO. No te canses...

CRISTÓBAL. ¿Qué te pasa?

Me fastidian los misterios.

Habla...

EDUARDO. Estoy enamorado.

CRISTÓBAL. ¿Y qué tenemos con eso?

EDUARDO. ¡Que idolatro un imposible!

que en la red de este amor preso,  
se agita continuamente  
en lucha horrible mi pecho.

CRISTÓBAL. ¡Un imposible! ¿Tú sabes

lo que vale en estos tiempos  
un hombre? ¿Quién puede haber  
que no te admita por yerno?

¿Cómo se llama la chica?

En seguida te prometo  
ir a pedírsela al padre.

¿Será algún pícaro viejo,  
orgulloso y regañón,  
con sus puntas de usurero?

Nada importa: o te la da  
en cuanto le hable, o le pego.

EDUARDO. Yo soy pobre, y ella es rica.

CRISTÓBAL. Pero te sobra talento,

y si os queréis... pues supongo  
que corresponda a tu afecto...

EDUARDO. Seguro estoy de su fe.

CRISTÓBAL. Entonces la robaremos.

EDUARDO. ¡Estás loco!

CRISTÓBAL. ¿No te atreves

(Con malicia.)

con el santo sacramento,  
y te hace el amor continuas  
cosquillas? ¡Te compadezco!

¡Conozco bien ese mal  
y da unos ratos perversos!...

EDUARDO. ¡Siempre has de tener salidas

singulares! Mi deseo  
no alcanza dicha mayor

que unirme con lazo estrecho  
de mi pasión desdichada  
al idolatrado objeto.

Es Elisa.

CRISTÓBAL.                    ¡Diablo! ¡La hija  
del Barón! Ahora ya veo  
que es difícil el negocio...  
Sin embargo, ¡qué sabemos!  
A él no le gusta la corte;  
y aunque siempre, está gruñendo  
no es vanidoso y delira  
por la niña... Añade a esto  
que tu padre le salvó  
la vida, que como deudo  
te trata... Debes tener  
esperanzas. Dale tiempo  
al tiempo, que sí entre tanto  
te la disputa algún necio,  
yo me encargo de espantarlo,  
y no te ha de hacer mal tercio.

EDUARDO. ¿Pero cómo?

CRISTÓBAL.                    De retóricas  
y de razones no entiendo.  
¿Cómo se espanta? ¡A trastazos!  
¡Por vida!... Sabes que tengo  
en fuerza lo que a ti Dios  
te ha dado en entendimiento;  
que soy capaz una torre  
de mover si doy en ello;  
que todo el mundo me teme;  
que con el alma te aprecio.  
Tranquilo puedes vivir:  
si yo por la prenda velo,  
nadie te la ha de quitar  
a fe de Cristóbal Recio.

EDUARDO. Solamente te suplico  
que el afán en que me quemo  
no sepan que adivinaste.

CRISTÓBAL. Me callaré como un muerto.

EDUARDO. Tengo una resolución  
tomada.

CRISTÓBAL.                    ¿Cuál?

EDUARDO.                    Ya hablaremos:  
mucho valor necesito;  
¡quiera prestármele el cielo!  
Al rey de pedir acabo  
que me incorpore en los tercios

que han de salir para Italia.  
CRISTÓBAL. Que te marches no te dejo.

Ahora que el Barón está  
en un lúcido momento,  
(Después de reflexionar.)  
voy a encontrarme con él  
y a conocer sus proyectos  
acerca de tu adorada...  
Aunque mucho lo respete,  
yo buscaré la manera...  
¿Quieres?...

EDUARDO.                                      Que comprenda temo  
tus ideas.

CRISTÓBAL.                                  Pecho al agua.

Con que a la una... a las dos...

EDUARDO.    Pero...

CRISTÓBAL. A las tres... Me voy...

CASIANO.    Deo gratias.

(Entrando y saludando a Cristóbal, que se va sin hacerle caso)

Buenas tardes...

(A Eduardo.)

EDUARDO. (Reparando en D. Casiano.)

¡Hola!

CASIANO.    Oremus.

EDUARDO. No puedo esperar.

(Márchase.)

#### ESCENA IV

D. CASIANO, solo.

CASIANO. ¡Se van  
y aquí me dejan plantado!...  
¡Oh tempora! ¡Oh mores! ¡Quién  
me dijera hace veinte años,  
cuando con las disciplinas  
les sobaba el espinazo,  
que una época llegaría  
en que viéndose barbados,  
ni el sombrero me quitasen  
ni me besaran la mano!...  
¡El siglo tiene la culpa!  
¡Siglo desmoralizado,  
en que la honradez está  
por los pies de los caballos!  
¡Dominus, Dominus meam!  
que dice el cura don Pablo:  
el mundo se va a acabar,  
y acabará a linternazos.



ESCENA V

D. CASIANO, MONTERO.

MONTERO. Esta debe ser la quinta,  
(Embozado.)

si son mis señas exactas.

¿Sabe usted si vive aquí  
el barón de Torre-Blanca?

CASIANO. Sí, señor, pero a estas horas  
no es regular que esté en casa.

MONTERO. ¿Es usted de la familia?

CASIANO. Soy primo sexto del ama  
de gobierno, y de la aldea  
y de la iglesia cercana,  
sacristán, maestro de escuela,  
de la hermandad de las ánimas  
mayordomo, fiel de fechos,  
organista...

MONTERO. Bien.

CASIANO. No se halla  
en el partido persona  
de todo más enterada.

MONTERO. Este hombre puede servirme.  
(Aparte.)

Señor santero, palabra.

¿El Barón tiene una hija?

CASIANO. Una preciosa muchacha.

¿Quiere usted un polvo?

(Saca la caja.)

MONTERO. No.

El rey la ha visto.

(Con misterio.)

CASIANO. ¡Ya!

MONTERO. Trata

de protegerla. ¿Usted sabe  
si ella tiene amores?

CASIANO. Se habla

de que Eduardo, un pobre chico,

nacido en estas montañas,

la festeja... pero yo,

no puedo asegurar nada.

MONTERO. ¿Y es cierto que ese mancebo  
aquí recogido se halladesde sus más tiernos años  
por el padre de su amada?

CASIANO. Sí.

MONTERO. ¿Que el suyo era un hidalgo  
que defendiendo a su patria

murió en la guerra?

CASIANO. Si lo es.

MONTERO. Bien. -Conseguirá la gracia

que pide: ya que le quita

(Aparte.)

el rey su novia, que haga,

que haga por él algo. ¿Y usted anhela

algún favor del monarca?

(Alto.)

CASIANO. ¿Yo? pienso en ir en busca suya

cuando termine la caza

y referirle mis cuitas.

Me he dirigido a esta casa

para que el Barón me preste

alguna vieja casaca

más decente que la mía...

Los monigotes no pagan

y es necesario ingeniarse...

MONTERO. Solicita usted...

CASIANO. Que me haga

pertiguero de los mínimos,

y esto a mi genio se adapta.

MONTERO. Ponga usted el memorial.

CASIANO. ¡Aquí está!... Dominus labia

hispanium... Está en latín.

(Sacando un papel y leyendo.)

MONTERO. Yo volveré sin tardanza,

téngale usted en castellano

y lo tomaré. Si calla

usted cuanto hemos hablado,

si de ayudarme se encarga,

si me dice cuanto ocurra

respecto de esa muchacha,

ella se verá feliz

y usted logrará su plaza.

Esto conviene a su honor.

CASIANO. ¿Cómo?

MONTERO. Ya lo he dicho, basta.

CASIANO. Pero...

MONTERO. Del rey, mi señor,

soy montero, y de la guardia.

(Desembozándose y dejando ver el uniforme. D. Casiano se quita el sombrero y se queda inmóvil.)

Mire usted, hablo en su nombre,

medite usted mis palabras.

ESCENA VI

D. CASIANO.

CASIANO. ¡Jesús! ¿Que medite? Pues

(Pausa.)

como si no meditara.

No acierto qué tiene el rey  
que ver conmigo, qué causa  
existe para que a Eduardo  
y a Elisa mercedes tantas  
les dispense... «Esto conviene  
a su honor...» ¡Santa Susana!

(Recapacitando.)

¡Ya comprendo! Los dos jóvenes  
y fogosos y... ¡Caramba!

(Con malicia.)

¡Qué feliz es el bribón!  
¡Quien creyera! Según anda  
de suelto el diablo, no puede

(Con hipocresía.)

uno responder de nada;  
se encuentra una Magdalena  
donde pensaba una santa,  
¡y no se encuentra... otra cosa  
por un ojo de la cara!

En fin, la comisión mía  
es altamente cristiana:  
acometiéndola, logro  
encuspidarme en mi fama,  
y podré pertigüear  
en mi póstuma década...

Luego dicen que los reyes  
son malos: he aquí un alma  
doncella que su bondad  
hoy del purgatorio saca...

(Entrando en la casa a tiempo que de la misma salen Elisa y Eduardo.)

ESCENA VII

ELISA, EDUARDO.

ELISA. Si en ese capricho das,  
yo también tenga mi orgullo:  
ya no quiero el ramo tuyo...  
¡no le quiero!...

(Arrojando al suelo un ramo de flores que trae en la mano.)

EDUARDO. Oye, y verás.

ELISA. Di que de mi amor no fías.

EDUARDO. Di que mis desdichas crecen,  
que en humo se desvanecen  
todas las venturas mías.

ELISA. Si era tan cierta la fe  
que me juraba tu labio,  
¿cómo dudas en mí agravio  
de la que yo te guardé?  
Si te faltó mi cariño,  
debes el modo advertirme,  
que eres dueño de reñirme  
lo mismo que yo te riño.  
Mas no sueltes amenazas  
de olvidarme en tus querellas,  
cuando sabes que con ellas  
mi corazón despedazas.

EDUARDO. ¡Elisa!

ELISA. De tus desvelos  
eres tú solo el culpado,  
que yo motivo no he dado  
para que tuvieses celos.  
Por mi pasión obligada  
tan esclava tuya soy,  
que a todas horas estoy  
en adorarte ocupada,  
¡y no se pasa momento  
sin que las auras no asombre  
repitiéndolas tu nombre  
que se escapa con mi aliento!  
Confiesa que con desvío  
pagas a mi pecho amante,  
que eres tú más inconstante  
que las arenas del río;  
que si marcharte pretendes  
no lo haces por mi ventura,  
que lo haces por tu locura,  
¡por ocultar que me vendes!  
¡Mal empleado interés  
el que en mí daño sentí!  
Dame el alma que te di,  
y abandóname después.

EDUARDO. Mi intención no has comprendido,  
ni mi lenguaje sincero:  
yo te juro que te quiero  
como siempre te he querido.  
Pero la dicha presente  
no puede hacerme olvidar,  
que a tu padre, a tu pesar,  
tienes que ser obediente.  
Que al mismo tiempo que avanza  
nuestro cariño sencillo

se desmorona el castillo  
también de nuestra esperanza.

ELISA. No entiendo...

EDUARDO. Que será vano

el fuego que nos alienta,  
como el Barón no consienta  
en que me entregues tu mano.

Tus riquezas, mi decoro  
tampoco admitir podría,  
porque estimo la honra mía  
tanto como a ti te adoro.

Esta es, la razón, por que  
en alas de mi destino,  
en la milicia un camino  
busco que gloria me dé.

Y por eso al rey pedí  
para servirle licencia,  
por no verme en tu presencia  
sin verme digno de ti.

ELISA. Justo es tu afán, no lo niego;

mas por no causarme enojos,  
quédate y cierra los ojos,  
puesto que el amar es ciego.

EDUARDO. No insistas.

ELISA. Mi empeño ves

y en tu capricho te ciegas;  
yo te suplico y tú niegas;  
éste es el mundo al revés.

(Después de una pausa acercándose con zalamería.)

¿Me dejarás?

EDUARDO. ¡Oh! ¡no, no!

Vencistes, ¡Elisa mía!  
¡Vivir sin ti no podría!

ELISA. ¿Piensas que lo ignoro yo?

EDUARDO. Deja que en tu blanca mano  
por los ángeles formada  
quede nuestra paz sellada  
con este beso de hermano.

(La besa la mano; al mismo tiempo aparecen el Barón y Cristóbal por el foro.)

ELISA. ¡Ah!

EDUARDO. ¡El Barón!

BARÓN. No suponía

(Con severidad.)

que en este sitio estuvieses.

ELISA. ¡Padre!

BARÓN. ¡Silencio!

EDUARDO. Señor...

BARÓN. Ahora hablaremos. Tú, vete,  
(A Elisa.)  
y espérame en el jardín.

#### ESCENA VIII

BARÓN, EDUARDO, CRISTÓBAL.

CRISTÓBAL. ¡Hemos reñido! Como ese  
(Aparte a Eduardo.)

banco tiene el alma... Apriétale  
las clavijas... Si consientes  
yo hablaré.

EDUARDO. No.

CRISTÓBAL. Ya me voy.

(Al Barón que le hace seña de que se marche, y alejándose de mala gana.)

#### ESCENA IX

BARÓN, EDUARDO.

BARÓN. (Después de un momento, tirando de la espada.)

¡En guardia! ¡Mi saña quiere  
arrancar el corazón

(Con ira.)

miserable que me ofende!

¡Hablen los aceros, pues,  
y mudas las lenguas queden!

EDUARDO. Serénesse usted.

BARÓN. No puedo;

la sangre en mis venas hierve.

EDUARDO. Bien; si presume engañado

que soy capaz de ofenderle,  
descargue usted sobre mí  
su venganza; aquí me tiene.

BARÓN. Esa falsa hipocresía

ni me engaña ni me vence.

EDUARDO. Es usted padre de Elisa,

y es justo que lo respete...

Mas antes de condenarme  
deje usted que me sincere.

La verdad voy a decir,

puesto que los cielos quieren

que, como yo presentía,

mis desventuras empiecen.

La amo... ¿para qué negarlo?

con un amor tan vehemente,

que en mi niñez ha crecido

y al par de mi cuerpo crece;

pero amor tan santo y puro

como es mi bien inocente,

como me impone mi honor,  
¡como ella sola merece!  
(El Barón hace un movimiento para hablar.)

Sé que hice mal en decírselo;  
que he debido, aunque muriese,  
tenerlo oculto en mi pecho,  
y que mi delito es éste.  
Si le juzga usted tan grande  
que satisfacerle piense,  
aquí está mi sangre toda;  
toda derramarla puede.  
Mas si por ella y por mí  
en olvidarlo consiente,  
el tiempo y mi propio amor  
serán quien mejor le venguen.

BARÓN. ¡En hora buena! Y tampoco  
mi rabia cebarse debe,  
aunque ofendido me crea,  
en el hijo del valiente  
que en Almansa me salvó  
la vida a mí con su muerte.  
Aquel noble sacrificio  
gran recompensa merece,  
y se la doy conteniendo  
de mis iras el torrente.  
Tranquilo estoy. Un consejo  
que oportuno me parece,  
será tan sólo...

EDUARDO.                      Adivino  
cuanto aconsejarme puede;  
y mi razón la primera,  
por muy ciego que me encuentre,  
me indica en esta ocasión  
la senda de mis deberes.  
En la ausencia está el remedio  
que a todos más nos conviene.

BARÓN. Sí.

EDUARDO.            Nadie sabrá el motivo  
que a separarme me mueve  
de estos lugares, un día  
tan dulces y tan alegres,  
¡y en que con mis esperanzas  
hoy mis ilusiones mueren!

ESCENA X

BARÓN, EDUARDO, D. CASIANO, que sale de la casa.

CASIANO. ¡Qué caras! Algo inconexo

(Aparte.)

ha ocurrido: ¿qué sucede?

(A Eduardo.)

EDUARDO. ¡Nada, nada!

CASIANO. Sé verídico.

EDUARDO. Es aprensión que usted tiene:

¡contento estoy, muy contento!...

CASIANO. Barón, ¿no es verdad que miente?

BARÓN. ¡Qué sé yo!

(De mal humor.)

CASIANO. ¡Yo te conjuro!...

(A Eduardo con solemnidad.)

EDUARDO. Don Casiano, usted dispense.

(Vase por el fondo.)

## ESCENA XI

D. CASIANO, BARÓN.

(Después de una pausa, sacando una caja, y acercándose al Barón.)

CASIANO. ¿Quiere usted un polvo?

BARÓN. Gracias.

(Después de una pausa volviendo a acercarle la caja.)

CASIANO. Es colorado.

BARÓN. Que no.

CASIANO. Soy hombre de más paciencia  
que el pacientísimo Job.

Que quiera usted, que no quiera,

tenemos que hablar los dos.

¿Por qué razón está Eduardo

tan triste y de mal humor?

BARÓN. ¡Otra vez!

CASIANO. ¿Quién le ha ofendido?

BARÓN. Ninguno aquí le ofendió.

Si no fuese usted tan viejo...

viejísimo... ¡vive Dios

que desfogaba en usted

la rabia en que ardiendo estoy!

CASIANO. ¡Insulte usted a la edad!

Nuevo prevaricador,

reniegue usted de estas canas.

BARÓN. ¡También tengo canas yo!

CASIANO. Pero es para mí un mocoso:

yo más pretérito soy,

y era ya maestro de escuela

cuando era usted un mamón:

me debe usted obediencia,

respeto... si por mí no,

¡por ver estas disciplinas



que en otro tiempo mejor  
se encargaron de enseñarle  
nuestra santa religión!

In illo tempore ego  
parvulus terrorís... ¡Oh!  
¿Por qué razón está Eduardo  
tan triste y de mal humor?

BARÓN. Porque va a emprender un viaje.

CASIANO. ¿Qué dice usted! ¿Y qué razón  
hay para eso?

BARÓN. Que él lo quiere...  
y también lo quiero yo.

CASIANO. ¡Marcharse! ¡no puede ser!

¡Dejar así esta región  
en que infante, púbil y hombre  
él se contemporizó!

¡Abandonar los lugares  
en que siendo motilón,  
del quis vel qui las primeras  
impresiones recibió!

¡En que de la sangre suya  
el pristísimo precoz  
incendio le habrá hecho dar  
el pristino resbalón!

¡Mentira, mentira! Nego.  
Nequaquam!... Intonso soy;  
mas la causa de su ausencia  
la adivino, sí, señor;  
él quiere a su hija de usted,  
y usted, bárbaro, feroz,  
no consiente en el connubio  
que anhela su corazón.

BARÓN. ¿Con que entonces usted sabe?...

CASIANO. ¡Todo! ¡todo!

BARÓN. ¡Voto a brios!

¡Es decir que he sido el último  
que lo he imaginado yo!  
¡que he sido torpe juguete  
de un niño!...

CASIANO. Eso.

BARÓN. ¡Mi furor!...

CASIANO. No ha de hacerle daño.

BARÓN. ¿Cómo?

CASIANO. ¿Cómo? diciendo que no.

¡Si en usted un enemigo,  
en mí tiene un defensor!  
¡Se casará con la chica!

Ergo con mi protección  
no necesita de nadie.  
Usted, nuevo caracol,  
harto hará con esconderse  
y obedecer... Soy quien soy,  
¿estamos? Si para hablar  
tuviese autorización...  
¡Ay de usted!... ¿quiere usted un polvo?  
BARÓN. Este hombre el juicio perdió.  
CASIANO. Aunque nunca he sido padre,  
comprendo la situación  
del que en la prole femínea  
guarda el vaso de su honor,  
que ya los tiempos pasaron,  
de Josué y de Jacob,  
que Horrendus pontus, etcétera,  
que quiere decir ¡horror!...  
Así, pues, a lo hecho, pecho.  
Cásense en gracia de Dios,  
y lo que ha sido, que sea,  
ya que el diablo lo enredó.  
BARÓN. ¡Miserable!

## ESCENA XII

D. CASIANO, BARÓN, ELISA, saliendo de la casa.

ELISA. ¡Padre!

BARÓN. ¡Infame!

(Aparte, mirando alternativamente a Elisa y a D. Casiano.)

¡Sospechar de su candor!

Márchese usted al momento  
de este sitio.

CASIANO. Ya me voy.

Pero tenga usted presente  
que yo velo por los dos:  
¡que está usted como en el limbo  
por su insubordinación!  
que ya la conoce el rey...

BARÓN. ¡El rey!

CASIANO. Que... pues... sí señor.

BARÓN. ¡Si no viese!...

CASIANO. (Aparte: Me da lástima  
su terquedad y... su...)  
(Alto a Elisa.)

¡Adiós!

¡que está usted como en el limbo!

(Al Barón.)

¡que me da usted compasión!

(Sale por el fondo.)

ESCENA XIII

BARÓN y ELISA.

BARÓN. ¡Ya nos veremos! (Aparte: Muy pronto castigaré su osadía.)

Acércate.

ELISA. ¡Padre mío!

BARÓN. Reprenderte debería

por ocultarme el amor

que por Eduardo sentías.

Es preciso que le olvides.

¿No me entiendes? ¡Voto a cribas!

¿A qué vienen esos lloros?

Siéntate y habla tranquila.

(Después de una pausa.)

¿Cuánto tiempo ha que os amáis?

¡La verdad! Vamos, principia.

ELISA. De fijo decir no puedo

cuál ha sido el primer día

en que de nuestra pasión

comprendimos las fatigas:

sólo sé que éramos niños

y con intención sencilla,

huyendo ya de los otros

la ruidosa compañía,

nos íbamos a contar

en la pradera escondida

nuestros sueños infantiles

entre infantiles sonrisas;

él para mí mariposas,

yo llores para él cogía:

yo las daba libertad,

él en el pecho escondidas

las guardaba hasta mirarlas  
deshojadas o marchitas.

Nunca brilló de la aurora

la plácida luz benigna

sin hallar de mi ventana

sobre la blanca repisa

ramo cogido por él

de lirios y siemprevivas.

Aunque la palabra amor

nuestros labios no decían,

era tanta, sin tener

nombre, nuestra simpatía,

que sus ojos en mis ojos

siempre fijos se veían,  
que a mi pesar suspiraba  
cuando suspirar le oía,  
que no hay acacia en el monte  
ni hay arbusto en la colina  
que no tenga por nosotros,  
recuerdo de aquellos días,  
de nuestros nombres queridos  
alguna letra esculpida.

BARÓN. Sigue.

ELISA. Felices los dos  
nuestra existencia corría,  
sin que viniese a turbar  
el cielo de nuestra dicha  
de penas y de temores  
la más leve nubecilla.  
Hasta que una tarde, estando  
junto a la fuente vecina,  
vimos caer una paloma  
por un cazador herida  
y soltar a nuestro lado  
entre mortales fatigas  
el tierno grano que alegre  
en el pico conducía  
para la fiel compañera  
de sus amores cautiva.  
«¡Qué infeliz, me dijo Eduardo,  
es esa pobre avecilla,  
contemplándola a sus plantas  
ensangrentada y sin vida!  
¡Quién sabe si con la suerte  
que la vemos nos avisa  
lo que para el porvenir  
nuestros hados nos destinan!  
¡Esta mañana al mostrarse  
el sol le saludaría,  
y habrá dejado en su nido  
a su pareja querida,  
que en vano ya esperará  
sus tiernísimas caricias!  
¡Acaso para nosotros  
se acerque también un día  
en que logre separarnos  
un cazador homicida,  
en que nuestro amor concluya  
con tu existencia y la mía!»  
¡Y calló! Dos gruesas lágrimas

rodaron por sus mejillas,  
¡y mi rostro en el cristal  
de la margen cristalina  
vi retratarse de sombras  
de rojo carmín vestidas!  
Desde entonces acabaron  
nuestras dulces alegrías,  
y entre continuas zozobras  
se presenta a nuestra vista  
a cada instante la pobre  
paloma, y nos martiriza  
la idea, que por nuestro mal  
ya deploramos cumplida,  
¡de que a nuestro amor le toque  
de los suyos la desdicha!

BARÓN. No dirás que no escuché  
con calma tus tonterías:  
todas se reducen a un  
necio capricho de niña.

ELISA. ¡Ay! no.

BARÓN. Sí; seguro estoy  
de convencerte a ti misma.  
¡Ni tomar estado debes  
tan joven, ni te estaría  
bien unirme con quien es  
de oscura y pobre familia!  
Con que...

ELISA. ¡Ah!  
(Viendo a Eduardo que sale.)

BARÓN. ¡El diablo le trae  
en esta ocasión maldita!

#### ESCENA XIV

ELISA, BARÓN, EDUARDO, CRISTÓBAL. El tercero en traje de camino, y el cuarto lo mismo con una maleta pequeña debajo del brazo.

EDUARDO. Señor Barón, mi partida  
a Italia resuelta tengo,  
y a darles a ustedes vengo  
mi postrera despedida.

ELISA. ¿Será cierto?  
(Aparte al Barón.)

BARÓN. Sí.

EDUARDO. El favor  
que me acaba de otorgar  
el rey haciendome dar  
una gineta, y mi amor  
siempre fijo en la memoria,

¡harán que con pecho fuerte  
busque en la guerra la muerte,  
y con la muerte la gloria!...

¡Adiós!

(A Elisa.)

ELISA. ¡Eduardo!

(Llorando.)

BARÓN. Entra en casa.

(A Elisa, que después de dirigir una mirada de súplica a su padre, entra sollozando en la casa.)

#### ESCENA XV

BARÓN, EDUARDO, CRISTÓBAL.

BARÓN. ¡Ánimo! Venga esa mano.

(Dándosela.)

Si hoy te parezco inhumano,  
el tiempo, que veloz pasa,  
pronto te hará comprender  
que aunque a mi genio no cuadre,  
debo cumplir como padre  
con este ingrato deber.

No quiero esperanzas dar,  
pero adoro a la hija mía...  
y acaso mudaré un día  
de manera de pensar.

EDUARDO. Todo mi afán es ahora  
que pueda ser feliz ella.

(Marchándose.)

BARÓN. ¿Qué quieres?

(A Cristóbal que ha estado en segundo término y que se acerca con timidez.)

CRISTÓBAL. Sigo su huella...

Me voy...

BARÓN. ¿Por qué?

(Sorprendido.)

CRISTÓBAL. Me encocora

el contemplarlo sufrir, porque es mi amigo sincero...

y así marcharme prefiero

a tener que sucumbir

a cosas... ¡Mire usted dos

personas desventuradas!

¡Si se arreglase a trompadas!

(El Barón entra pensativo en la casa)

En fin, yo me entiendo... ¡Adiós!

#### ESCENA XVI

EDUARDO, CRISTÓBAL.

EDUARDO. ¡Oh! ¡Cristóbal!

(Con el mayor dolor.)  
CRISTÓBAL. ¡Bueno estás!  
¡Ese viejo es una fiera!  
¡Me carga!  
EDUARDO. Vamos.  
CRISTÓBAL. ¡Espera!  
¡qué diablos! Ya no te vas.  
EDUARDO. ¿Qué dices?  
CRISTÓBAL. ¡Es el infierno  
el que le inspira a ese hombre!  
¡Por vida!... O pierdo mi nombre  
o tienes que ser su yerno.  
(Se acerca a la puerta de la casa.)  
Voy a darle otra embestida...  
EDUARDO. No, a todo estoy resignado:  
cumpliré lo que he jurado  
aunque me cueste la vida.  
(Después de una pausa.)  
Un momento déjame:  
poner una carta quiero  
y dársela al jardinero  
para Elisa.  
(Entra en la cabaña de Martín.)

#### ESCENA XVII

CRISTÓBAL, solo.  
CRISTÓBAL. Allí estaré  
(Señalando al fondo.)  
aguardando. No hay quien tuerza  
mi opinión: cuanto mas veo,  
mas en mi lógica creo:  
no hay más razón que la fuerza.  
¡Y yo arreglara este cisma  
pronto del modo que sé!...  
Al primero con quien dé  
le voy a romper la crisma.  
(Vase.)

#### ESCENA XVIII

D. CASIANO, que viene por el fondo con un papel en la mano.  
CASIANO. Aunque supino, seguí  
del Montero en este trance  
el consejo, está en romance  
mi memorial. Dice así:  
«Alto, rugiente león  
en España coronado:  
Casiano Rufino Prado,

hijo de Rufo Cenón,  
llega a vuestra majestad,  
su pequeñez conociendo,  
hacer o decir temiendo  
alguna barbaridad;  
y expone: Que está sin blanca,  
con exigua parentela,  
que ha sido maestro de escuela  
y músico en Salamanca;  
que por intriga ruin  
y encariñarse al Borbón,  
dejó de ser serpentón  
para enseñar el latín;  
que en los tiempos primitivos,  
si no es la crónica infiel,  
tuvo en las tierras de Argel  
catorce abuelos cautivos,  
otro en el monte Thabor,  
otro mártir en la China  
y otro pinche de cocina  
de Nabucodonosor.»  
Esto no puede estorbar  
y siempre al éxito ayuda;  
si su majestad lo duda  
que lo mande averiguar.  
«Que es piramidal gabarro  
de sus arranques sencillos  
el tener de los chiquillos  
que armonizar el cotarro:  
que trépidamente miro  
por los ojos del Montero  
la plaza de pertiguero  
que en los mínimos vacó.  
Plaza que obtener espera  
sin mas intrigas ni amaños,  
merced a sus muchos años  
y al genio que en él impera.  
Salud, poderoso rey,  
en cuya adornada frente  
se monta el trono esplendente  
del imperio de la ley.»  
(Empieza a oscurecer.)

#### ESCENA XIX

D. CASIANO y CRISTÓBAL.

CRISTÓBAL. Nada no encuentro ningún  
prójimo mal humorado



que quiera andar a cachetes  
conmigo. Tan solo el bárbaro  
del guarda mayor ha sido  
con el que me he tropezado...  
le di un envite en un ojo  
y un pisotón soberano.  
¡Bruto! exclamé, suponiendo  
que me hubiese tropezado,  
y le arrimé otro empujón  
de ley... Pero el muy gánápulo,  
«Perdone vuestra merced,»  
me dijo lleno de espanto.  
¿Y quién es quien pega a un hombre  
tan fino y bien educado?  
Me eché a reír en sus barbas...  
pero allí, si no me engaño,  
distingo un hombre; se halló  
(Reparando en D. Casiano.)  
con la horma de su zapato...  
¡Eh! ¿Quién va?

CASIANO. Ni va ni viene.

CRISTÓBAL. Pues yo veré... ¡D. Casiano!  
(Reconociéndole.)

CASIANO. ¡Cristóbal!

CRISTÓBAL. ¡Si está de Dios!

¡Que no tenga usted veinte años!...

CASIANO. ¿Para qué?

CRISTÓBAL. ¡Para colgarle  
de un alcoraque!...

CASIANO. ¡Qué bárbaro!

CRISTÓBAL. No me diga usted improperios;  
estoy echando venablos;

y yo mismo si pudiese,  
me comería a bocados.

CASIANO. Serénate, y no seas loco.

CRISTÓBAL. ¡Cómo! ¡usted me está insultando!

¡Usted me ha llamado loco!

¡Que no tenga usted veinte años!

(Pausa.)

Venga usted acá.

CASIANO. ¡Vade retro!

CRISTÓBAL. Ya la tormenta ha pasado.

CASIANO. No me engañas.

(Con miedo.)

CRISTÓBAL. No; el motivo  
porque irascible me hallo,  
hiciera saltar a un

evangelista de barro;  
figúrese usted que ahora  
de la quinta nos marchamos  
Eduardo y yo, ¡que nos echan!  
CASIANO. De todo estoy enterado.  
CRISTÓBAL. ¿Y no se incomoda usted?  
CASIANO. Pero hombre, si estoy bramando  
como un toro: no hace mucho  
que he dicho lo que hace al caso  
al Barón.

CRISTÓBAL. ¡Será posible!  
merece usted un abrazo.

CASIANO. Lo perdono. Te prevengo  
(Con misterio.)

que no se marchará Eduardo,  
porque hay quien vele por él.

CRISTÓBAL. ¿Cómo?

CASIANO. Que está interesado  
un personaje muy noble  
en su ventura, un pleclaro  
personaje, un personaje  
muy personaje, ¡muy alto!

CRISTÓBAL. No entiendo. ¿Quién es?

CASIANO. ¿Quién es?

Chito. No puedo revelarlo.  
Y para hacer que se quede  
ese chico, sin embargo,  
decírtelo debería...

¿Te lo digo o te lo callo?

CRISTÓBAL. Hable usted.

CASIANO. Pues sábetelo  
que... pero vas a contárselo  
a todo el mundo...

CRISTÓBAL. No.

CASIANO. Sí.

CRISTÓBAL. No.

CASIANO. Corre al punto a buscarlo  
y di a tu amigo que pronto  
será por el rey honrado;  
que su majestad ha visto  
en estos agrestes campos,  
durante la cacería,  
a Elisa, que se ha dignado  
fijar sus augustos ojos  
en ella...

CRISTÓBAL. (Aparte: Está delirando  
aunque el nombramiento que antes

he visto, comprender algo  
deja... Aquí hay algún misterio  
que aclarar es necesario.)  
Con que dice usted que el rey...  
CASIANO. ¡Chis! se acerca un embozado...  
Vete...

(Viendo al Montero aparecer por el fondo.)  
CRISTÓBAL. (Aparte: Le diré al Barón  
lo que de saber acabo,  
y por si no miente este hombre  
le seguiremos los pasos.)

CASIANO. Vete.  
CRISTÓBAL. (Aparte: ¡Arrogante apostura!)  
(Mirando al Montero.)  
(Si será...)

MONTERO. Adiós.  
(A Cristóbal haciéndole señas de que se marche.)  
Ya me marchó.  
(Si me valiera... me quema  
el no saber con quién hablo.)  
(Entra en la casa.)

## ESCENA XX

D. CASIANO, MONTERO.

MONTERO. ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

CASIANO. Mucho.

MONTERO. Diga usted.

CASIANO. Aquí está  
el memorial.

MONTERO. Bien, ¿qué ha sido?

CASIANO. Que se nos marcha el galán  
a no detenerle yo;

que el Padre descubrió ya

los amores de la niña

y está dado a Satanás.

Pero puede useñoría

en mi celo descansar,

no soy ningún leguleyo;

los mozos se casarán

aunque tenga que arrastrarlos

por los pelos al altar.

MONTERO. ¿De dónde supone usted  
que yo quiera cosa tal?

CASIANO. Yo creía...

MONTERO. ¡Mal creído!...

Se desbarata mi plan

(Con ira.)

por su torpeza.  
CASIANO.                                Señor,  
que se arruga el memorial.

#### ESCENA XXI

D. CASIANO, MONTERO, BARÓN, CRISTÓBAL, estos dos escuchando desde la puerta de la casa.

CRISTÓBAL. Desde aquí escuchar podemos todo.

MONTERO.                    Enamorado está  
el rey de esa chica.

BARÓN.    ¡Cielos!

MONTERO. Y por fuerza o voluntad  
quiere evitar que se case  
con ninguno.

CASIANO.                                ¡Ya estoy, ya!  
(Con intención.)

Acabáramos: la quiere  
proteger su majestad.

CRISTÓBAL. Calma.  
(Al Barón conteniéndole.)

CASIANO.                    Lo entendí al revés;  
y es cosa muy natural:  
hay cosas que no comprendo,  
cosas que no lo son ya,  
cosas que son quisicosas  
para un pobre carcamal  
que en otras cosas no piensa  
que en las cosas de su edad.

MONTERO. Para lograr nuestro objeto  
algún medio se hallará.

Al Barón sus dignidades  
antiguas le volverán;  
y una vez que esté en la corte,  
su hija diamante será  
o las mercedes reales  
al cabo le ablandarán.

CASIANO. Lo dudo, que es el Barón  
un ente más montaraz  
que los lobos montaraces  
que montarazan allá.  
Nadie le ha visto reír,  
nadie le ha visto llorar:  
cuando se incomoda, brama;  
citando acaricia, hace mal,  
cuando duerme, su ronquido  
parece una tempestad.

Tremendus Aquiles ferus...

Ya sabe usted lo demás.

Tan solo se le asimila  
algo en lo descomunal  
el que se marchó de aquí  
cuando a usarcé vio llegar.  
Pendenciero, buscarruidos,  
soberbio, nuevo Goliat,  
parte un árbol con la mano;  
al más brioso alazán  
en la carrera detiene,  
y es de tan vil calidad,  
que niños crudos comiera  
si los pudiese mascar:  
de seis años le encerraron  
una tarde en un pajar;  
dio un empujón a la puerta  
y cayó todo el tapial.

CRISTÓBAL. Voy a darle una puñada.

BARÓN. Espera...

CRISTÓBAL. No aguanto más.

MONTERO. Es preciso que haga usted  
por que el rey consiga hablar  
a Elisa. En este bolsillo  
(Sacándole.)

oro suficiente hay  
para poder los criados  
que la custodian ganar.

BARÓN. ¡Infame!

MONTERO. Tómelo usted.

CASIANO. ¡Ay! los ojos se me van  
detrás de él; pero no puedo  
su posesión aceptar,  
Delito de tercería  
no cometeré jamás,  
que es delito embarazoso  
que no deja embarazar.  
Yo pecaré por mi cuenta,  
no por la de los demás.  
Harto en el mundo, señor  
Montero, he pecado ya  
para echar en mis costillas  
pecado tan garrafal.

MONTERO. En buen hora: yo sabré  
lo que debo de hacer.

(Rompiendo el memorial.)

CASIANO.

¡Ay!

MONTERO. ¡Ah de casa!  
(Llamando.)  
BARÓN. ¿Qué se ofrece?  
MONTERO. Busco al Barón.  
BARÓN. Aquí está.  
MONTERO. Del rey.  
(Dándole un papel.)  
BARÓN. Luces.  
(A un criado que habrá salido de la casa.)

## ESCENA XXII

D. CASIANO, MONTERO, BARÓN, CRISTÓBAL, EDUARDO. Luego ELISA.

EDUARDO. Vamos ya.

(A Cristóbal saliendo de la cabaña.)

CRISTÓBAL. No.

BARÓN. (¡Imposible me parece  
que sufra yo tal afrenta!)

CRISTÓBAL. ¿Con que soy de calidad  
tan vil? Con que...

(Agarrándole las orejas a D. Casiano.)

CASIANO. ¡Por piedad!

Era broma.

CRISTÓBAL. En broma pues...

(Dándole dos o tres sacudidas.)

EDUARDO. ¡Elisa!

(A Elisa que sale con un criado y trae luces.)

ELISA. Ten esperanza.

Todo el cariño lo alcanza  
cuando como el nuestro es.

BARÓN. (Está fuera de la ley

(Aparte después de leer.)

quien me ultraja sin razón!

Yo le daré una lección

hidalga, digna de un rey.)

Respondo a su majestad

(Alto al Montero.)

que fiel a su mandamiento

iré a la corte al momento;

que agradezco su bondad.

(Pausa.)

Se me olvidaba añadir

que aunque el ir solo me aflija,

mañana debe mi hija

con su marido partir

para Italia.

(Vase el Montero.)

EDUARDO. ¡Oh!

CRISTÓBAL.

Bien está.

(Aparte con alegría.)

ELISA. ¡Padre mío!

ESCENA ULTIMA

ELISA, D. CASIANO, BARÓN, EDUARDO, CRISTÓBAL.

BARÓN. Cuándo no

me necesite el rey, yo

iré a buscaros allá.

(Abrazando a Elisa y a Eduardo.)

Vamos, ya sois venturosos.

ELISA y EDUARDO. Sí.

BARÓN. La corte dejaré

muy pronto, y feliz seré

si os miro buenos esposos.

Esta noche en mi capilla

para siempre os uniréis,

y en seguida marchareis

para Italia; yo a Castilla.

CRISTÓBAL. (¡Vale este hombre un Potosí!)

BARÓN. Que ignoren lo que ha pasado

ellos siempre.

(Aparte a Cristóbal.)

CRISTÓBAL. Bien pensado.

Ya no me marcho de aquí.

CASIANO. Todos contentos están

y yo la víctima he sido:

mi memorial he perdido,

me quedo de sacristán.

Con la garulla ruin

eternamente lidiando,

mi vida iré destrozando

y destrozando el latín.

El sueño de mi ambición

hipérbole triste fue:

volar quise y me quedé

como el gallo de Morón.

¡Paráfrasis desdichada!

(Dirigiéndose al público.)

¡Si al fin en premio a mi anhelo

lograra el dulce consuelo

de escuchar una palmada!...

FIN DE LA COMEDIA.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**